

EL CIRCO IMAGINARIO

Daniel de Lima



SITARA

FRAGUA DE KULUB

Primera edición en Sitara: febrero 2018

© Daniel de Lima

© Editorial Sitara, 2018

Valle de Pinares Llanos, 34. 28035 Madrid
editorialsitara.com

Diseño de colección y coordinación editorial: Antonio Lafarga

Directora editorial: María Agra

Maquetación y corrección: Aurora Belver

Diseño de cubierta: Jinetes del Hipo

Fotografía de cubierta con Licencia de British Pathé Ltd

ISBN: 978-84-17035-17-4

Depósito Legal: M-4252-2018

IBIC: FA

Impreso en España

NOTIFICACIÓN

Mientras caminaba por los pasillos del hospital, Esteban escuchaba sus pasos retumbar por las paredes, que le devolvían el sonido como si quisiera engancharse de nuevo a él, a las suelas de sus zapatos.

Los pasillos eran largos, interminables en su infinita blancura, y cada pocos metros las puertas de las diferentes salas parecían asomarse a mirarlo, a preguntarle cómo iba a salir de esta.

Las paredes, adornadas con enormes cuadros, reproducciones de clásicos de distintas épocas, se alternaban con los grandes ventanales que dejaban pasar la luz del día como chorros que se proyectaban por cada rincón. Al fondo del pasillo principal, abarcando toda la pared, *La libertad guiando al pueblo* de Delacroix.

«Y a mí, ¿quién me guía?», pensó. E inmediatamente se contestó que solo él mismo; nadie más podría ayudarlo en la actual situación. Estaba a punto de perderlo todo, toda una vida de trabajo que se asomaba al borde de un precipicio sin más gesto que un breve saludo con la mano.

Pasó frente a un gimnasio algo destartado aunque, como todo el hospital, en razonable estado para su uso. Dejó atrás también la que llamaban «sala naranja», hasta salir al vestíbulo principal del edificio.

No pudo evitar pensar en su padre, en el amor que puso en ese viejo edificio del siglo XIX, el mismo amor que puso siempre en sus pacientes, o sus «invitados», como le gustaba llamarlos; el mismo que antes que él había puesto su abuelo. El mismo que sentía él, y que parecía no ser ya suficiente.

Salió por los portones de hierro forjado y cristal, y bajó la escalinata que daba a los jardines de la parte delantera del hospital. A pesar del mimo con el que se cuidaban, nunca habían dejado de tener un cierto aire decadente —afrancesado, se podría decir—, un poco como lo tenían todas las instalaciones, bajo cuyo aspecto señorial se escondían grietas y desconchones que, inmediatamente después de ser reparados, se sustituían por otros de igual tamaño. Era un trabajo sin fin, un cuidado constante sin un punto donde pudiera darse por concluido.

Al final de la escalinata se llegaba a la vereda donde terminaba la vía de acceso desde el exterior, donde se detenían los coches de las visitas —que rara vez había—, para después rodear la fuente situada frente a la fachada, y retomar el mismo camino en sentido contrario, en dirección a la salida.

Esteban rodeó la fuente y siguió caminando por una de las veredas que recorrían los jardines, plagadas de macizos de gardenias, margaritas, tulipanes. El blanco y amarillo de las primulas contrastaba con las buganvillas rosas y moradas que se agarraban a las estructuras de metal rodeando el camino. Llegó a un pequeño estanque circundado por jazmines italianos y de las Azores aún en flor, donde sentada en un banco encontró a Mercedes, con su bata siempre de un blanco radiante, las piernas cruzadas —balanceando tranquilamente la de encima—, mientras observaba a una mujer mayor que, a su lado, pintaba con ceras de colores sobre una gran cartulina.

Esteban se dejó caer en el banco, junto a ellas, mirando al frente.

—¿Has hablado con los del ministerio? —le preguntó Mercedes.

No pudo decir nada, solo asentir.

Todavía podía notar el calor del teléfono en la oreja, como si lo tuviera pegado a ella, a pesar de que la conversación, al fin y al cabo, tampoco había sido muy larga. No

había tenido muchas opciones de rebatir nada, no había podido pedir que lo pensaran siquiera una vez más, que se hicieran cargo de la situación. Solo había sido él, en su despacho, escuchando, y al otro lado del hilo telefónico la delegada provincial del Ministerio de Sanidad, sentada en su propio despacho bajo la atenta mirada del retrato de Su Majestad, acompañada por uno de sus asesores; uno de esos encorbatados petimetres contratados a dedo —imaginaba Esteban—, uno de esos tecnócratas cuya opinión era tan valorada ahora, y que no sabían de lo que hablaban más que lo que habían podido leer a saber dónde unos pocos días antes. Después de muchos formalismos y requiebros, el mensaje había sido claro: la Administración se veía obligada a hacer recortes «que, como usted comprenderá, doctor, no son del agrado de nadie» y San Marcelino, a la vista de sus bajos índices de ocupación, y más aún a la vista de sus escasos progresos en el tratamiento de los pacientes, estaba en el punto de mira. En otros tiempos, las subvenciones al hospital eran algo que se daba por hecho, no se hacían demasiadas preguntas, pero «la política de gasto público ha cambiado, ha tenido que cambiar, bien lo sabe, doctor, la situación del país es insostenible. Ahora se piden resultados, y las promesas que nos lleva haciendo durante años sobre su método en el tratamiento de enfermedades mentales ya no son suficientes. Hechos, doctor, necesitamos hechos, pruebas».

Esteban no pudo más que protestar por el plazo tan corto que le estaban dando, y ahí fue donde intervino el licenciado en Empresariales, o puede que incluso diplomado, que cubría esta diferencia con una capa de abundante gomina en el pelo. Como siempre en estos casos, solo se trataba de escurrir el bulto: «en el ministerio cada uno tiene sus responsabilidades, y le aseguro doctor que el calendario de inspecciones no es uno de nuestros cometidos».

Pero, con escurrimiento de bulto y todo, el mensaje no podía ser más explícito, y si la inspección programada no confirmaba los progresos de los que se hablaba en San Marcelino, se interrumpirían las ayudas oficiales.

Situado en un remoto valle al norte del país, San Marcelino no era un centro de fácil acceso, lo que, unido a la percepción aún reinante entre la población rural sobre las enfermedades mentales, hacía que el número de pacientes ingresados no fuera precisamente alto. Además, estos procedían en su mayoría de familias de la zona, sin apenas recursos, a las que difícilmente se podía cobrar siquiera el coste de manutención de los pacientes. Aunque se tratara de un centro privado, era imposible que se mantuviera sin fondos públicos. Esteban lo sabía mejor que nadie. Y la delegada del ministerio también.

De ahí que las palabras adecuadas no salieran en ese momento de su boca. Había demasiadas ideas en su

cabeza, demasiados problemas, demasiadas consecuencias peleando por situarse en primera fila de su cerebro, casi paralizado.

—No te preocupes, algo se podrá hacer —lo tranquilizó Mercedes.

—Nos dan dos semanas.

Mercedes se giró en redondo, sin dar crédito a lo que escuchaba. Dos semanas. Catorce días. Imposible. Era de locos, aunque ella nunca habría utilizado esa expresión, y menos delante de Esteban. Y todo por la maldita burocracia de siempre, por los señoritos de la Administración que nunca habían tenido que cambiar los pañales a un hombre de setenta años, ni dado de comer a alguien que no es capaz de distinguir la cuchara de un sombrero. Malditos sean. Menuda forma de acabar...

—Bueno, algo se podrá hacer.

Se le congeló la sonrisa en el mismo momento de escucharse a sí misma decirlo, el mismo momento en que Esteban la miraba de reojo, justo antes de levantarse del banco e irse.

*

De pie en el centro de su despacho, Esteban observaba a su alrededor, como si tuviera que hacerse a la idea de que muy pronto —en dos semanas, vaya—, no lo volvería a ver más. Una enorme librería se alzaba

desde el suelo hasta el techo ocupando toda una pared de la habitación, que a lo largo de decenios se había ido llenando de manuales de psiquiatría, ensayos de los más prestigiosos autores —y otros que nunca lo fueron—, tratados sobre las más variopintas teorías acerca del tratamiento de psicopatologías, que incluían algunas valiosas primeras ediciones como *Études psychiatriques: Desclée de Brouwer* de Henri Ey; una edición facsímil del curioso *Malleus Maléficarum*, publicado por los monjes dominicos Johann Sprenger y Heinrich Kramer; en su día polémico *Schedula monitoria de novae febris ingressu* de Thomas Sydenham; o el incontestable *Traité Médico-Philosophique sur l'aliénation mentale* de Philippe Pinel; así como muchos otros volúmenes que pacientemente se habían recopilado durante tres generaciones de la saga Alonso, y que ahora parecían resignarse también a abandonar aquella estancia.

Como tantas veces hizo desde pequeño, cuando se colaba a escondidas en el despacho de su padre, se acercó a ver las fotografías que colgaban de la pared tras el viejo escritorio de roble. Siempre le llamó la atención la que se hallaba más a la izquierda, junto a la ventana, que a medida que fue creciendo vio cómo pasaba del blanco y negro al sepia; o tal vez lo había imaginado, y siempre había tenido ese tono. En ella se podía ver a una veintena de pacientes del

hospital, todos vestidos con un uniforme que les daba más aspecto de presos que de enfermos, a lo que tal vez contribuía la extrema delgadez de la mayoría de ellos. En medio de todos, con porte orgulloso, se veía al doctor Alonso, su abuelo, con el clásico bigote retorcido en las puntas y barbita acabada también en punta; la perfecta imagen del científico de la época. Siempre que miraba aquella foto, su vista se dirigía a una pequeña mujer, encorvada, que miraba a un lado con timidez, como si no quisiera que la retratasen, mientras cogía la mano de su abuelo. En el marco de la fotografía había una pequeña chapa de metal donde se podía leer «San Marcelino. 1939». La siguiente fotografía no cabía duda de que se había hecho en blanco y negro, y esta sí había ido adquiriendo un tono amarillento gracias a años de esfuerzos del sol entrando por el ventanal. En ella se veía una zona despejada de los jardines traseros, junto a la rosaleta que todavía se conservaba, donde algunos pacientes, con sus batas de algún color desvaído —bueno, en la fotografía siempre fueron grises—, bailaban en círculo, cogidos de las manos, con algunas enfermeras entre ellos, todos sonriendo, cantando; en el centro del círculo, el abuelo reía con ellos, dando palmas. La chapa de este marco decía «San Marcelino. 1953». La fotografía que colgaba más a la derecha era más

pequeña que las anteriores, y en color. Tenía algo que daba la sensación de que no encajaba con las otras, aunque se hallara en la misma pared. En ella aparecía el doctor Alonso, el padre de Esteban, muy joven aún —Esteban no recordaba haberle llegado a ver nunca con ese aspecto—, tal vez rondando los treinta, con el pelo algo más largo de lo que uno esperaría en un doctor, y unas patillas que lo podrían haber llevado a la portada de algún disco de Buffalo Springfield. Las gafas, enormes, cuadradas, eran lo único que delataba su carácter científico. En la fotografía, su padre cogía por el hombro, o al menos lo intentaba, a un tipo que debía de medir dos metros de alto, calculando las dos cabezas que sacaba al doctor. Tenía el pelo aún más largo que su padre, de un rubio poco corriente, y una barba igualmente rubia, larga y poblada. Ambos miraban a la cámara; el padre de Esteban sonriente, y aquel hombre... como si no supiera bien qué hacía ahí, y quién era ese señor bajito que le pasaba el brazo por la espalda. No había chapa explicativa en esa foto, y Esteban nunca había preguntado de qué año era.

—¿Haciendo inventario ya?

Esteban se sobresaltó al oír la voz a su espalda. Debía de estar tan absorto en sus recuerdos que no había escuchado la puerta al abrirse, o tal vez no la había cerrado y por eso Mercedes no había hecho ningún ruido al entrar.

—No, tranquila, solo estaba... no estaba haciendo nada.
Mercedes entró un poco más en el despacho, despacio, dudando a cada paso.

—Perdona por lo de antes. No he sido de mucha ayuda...

—Tú no tienes la culpa, Mercedes; cómo ibas a tenerla. Es... es este sistema de mierda.

—¿Y desde cuándo te ha importado a ti el sistema?

—A mí no me importa, por mí pueden irse todos al carajo. Los del ministerio, los del gobierno y los de la Unión Europea, todos juntos. Pero me importa San Marcelino.

—Lo sé. Es lo único que te ha importado siempre.

—Bueno... no, no es lo único.

—Sé a lo que te refieres. Esteban, llevas toda tu vida luchando por este lugar, por tus pacientes y por los que trabajamos aquí. Yo misma llevo toda mi vida aquí; recuerda que llegué antes que tú.

Mercedes intentó una sonrisa que no le fue devuelta. Era evidente que la cosa no iba a funcionar así. Se acercó algo más a Esteban.

—Solo quiero que entiendas que cuanto antes asumas que no puedes darte por vencido, más tiempo tendremos para pensar cómo solucionar esto.

—¿Solucionar esto? No se trata de hacer un papeleo, Mercedes, ni de escribir una carta al ministro. ¿Crees

que no lo habría hecho ya, si esa fuese la solución? Nos piden pruebas, algo que justifique seguir manteniendo esto a flote. Y, ¿sabes?, ni siquiera creo que las quieran de verdad. Solo están esperando una excusa para coger los fondos que nos corresponden y dedicarlos a renovar su flota de coches oficiales.

—O sea, que ¿ni siquiera será una inspección real?

—Claro que será real. Otra cosa es la predisposición con la que vengan.

—Bueno, pues si quieren jugar, juguemos.

—¿De qué estás hablando? Esto no es un juego, Mercedes, no sé si te das cuenta. Tenemos una docena de pacientes ingresados. ¿Crees que les importan algo? ¿Crees que les importa dónde van a ir si se cierra el hospital? Doce pobres que no tienen dónde caerse muertos, doce enfermos mentales, doce parias que es mejor hacer como si no existieran. No van a darnos el dinero, olvídalo.

—¿Así que el problema es que el hospital está medio vacío? Pues llenémoslo.

Esteban no daba crédito a lo que estaba escuchando, y comenzó a mirar a cada esquina del techo, como si buscara un ser superior que le ayudase a manejar aquella conversación absurda.

—Mercedes, va a ser mejor que te vayas a descansar un rato; creo que te hace falta. Ya no sabes ni lo que dices.

—Sí, puede que tengas razón.

Mercedes se giró y dirigió hacia la puerta del despacho. Cuando estaba a punto de franquearla, se detuvo, con la mano sujetando el pomo dispuesta a cerrar.

—A no ser que...

—A no ser ¿qué? —le contestó cansado Esteban desde el otro lado de la mesa.

—Déjalo, es una tontería.

Esteban vio cómo se cerraba la puerta tras ella, y se quedó mirando fijamente el dibujo que hacía la madera. Tal vez pasaron cinco o diez segundos antes de que se abriese y apareciera de nuevo Mercedes.

—Pero, aunque sea una tontería, ¿tu hermano no es actor?